

# EUROTRIBUS

«... Massiel o José Vélez se convierten en un mecanismo de unificación territorial, en el caso de la competición eurovisiva, en un mecanismo de españolización de catalanes, castellanos, andaluces...»

Los seres humanos somos todos iguales porque todos queremos ser distintos y superiores.

El hombre es un animal aristocrático. Está programado en su sistema neurovegetativo para medirse con los demás e intentar ganar en cuantos terrenos pueda. Pero la naturaleza —llámesele como quiera— le saca de este caparazón individual a veces y le hace unirse con otros seres humanos para competir y ganar. Así surgen las sociedades humanas: partidos, empresas, clases, sociedades de tierra. Cada una de estas sociedades es esencialmente competitiva. El PSOE quiere ganar las elecciones. El Betis quiere ganar todos los partidos que pueda. Cualquier sociedad humana quiere jugar y ganar en su terreno específico de juego. Todas las sociedades humanas son iguales porque todas quieren ser ARISTICAS O ARISTOCRATICAS, las primeras, las mejores, las superiores.

Unas de estas sociedades que juegan dentro de la especie humana son las sociedades de tierra, aquellas sociedades humanas que se forjan en torno a un trozo de tierra que es sentida y definida como una rigurosa propiedad privada: «nuestra tierra». España ha sido y es una sociedad de tierra que ha competido y sigue compitiendo en diversos terrenos: deportivo, económico, literario, cultural, técnico, bélico (antaño)... En estas competiciones es irrelevante la clase, ideología, religión o profesión a la que se pertenece. Una de estas lizas en las que se mide España con otras sociedades de tierra, es el festival de Eurovisión. No fue solamente un triunfo para Massiel —un individuo— su éxito con el La la lá, sino para España. En estas ocasiones cuando se percibe cómo Massiel o José Vélez se convierte, en un mecanismo de unificación territorial, en este caso, en un mecanismo de españolización de catalanes, andaluces, castellanos, varones y hembras, jóvenes y maduros, de izquierdas y de derechas.

Tengo recogido un abundante y variopinto material etnográfico, en el que españoles que ante otros españoles han afirmado que el festival de Eurovisión es una «hortera para retrasados mentales», se han peleado para sostener ante «extranjeros» que el premio ganado por Massiel era justo y necesario. «Fue porque salió con minifalda y eso fue un acontecimiento en una España tan atrasada y tan mojigata», dijo un inglés. «Pues muy bien —contestó un español en mi presencia—. Necios que son todos, que se dejan engañar tan fácil. Pero en cualquier caso Picasso es el pintor más adelantado y no es inglés, que no todos los españoles somos atrasados, y Buñuel es poco mojigato

y tampoco es de Birmingham». Es en este tipo de diálogos que he ido recogiendo donde se ve cómo Picasso, Buñuel y Massiel se convierten en mecanismos de españolización y en verdaderos tantos que el español que los cita quiere apuntarse en su juego con el inglés. Lo más curioso es observar a una señora de derechas de toda la vida, anticomunista visceral, ponerse a hacer el panegírico de Santiago Carrillo. Esto también ocurre. En una recepción de «alta» sociedad en Oxford, una de estas señoras se puso a hacer el panegírico de Carrillo ante un matrimonio inglés que se atrevió a afirmar: «En España lo que no ha habido nunca es pensadores políticos independientes, ¿verdad?». A lo que la dama íbera respondió: «Uno de los políticos que está más en el candelero internacional, ahora mismo es



Carrillo y les está volviendo locos a los rusos y a los yanquis. El verdadero pensador original del eurocomunismo no es Berlinguer, ni Marchais. Es Carrillo. Yo no soy nada comunista, conste. Pero Carrillo es un pensador original y un político independiente y genial. No seguimos en España caminos trillados». Otro español me confesaba el otro día aquí en Madrid: «Yo soy lo más anti-toros que cabe en este mundo. Los toros me parece algo cruel, sanguinario medieval y anacrónico. Pero en Alemania donde trabajé unos años, un día que un alemán se empezó a reír de los toros me puse de un genio terrible y le hice ver que no todo en los toros era crueldad y sangre. Cuando terminé mi rollo, pegué un martillazo y le dije: Bien, supongamos que somos una raza de salvajes, como dices, porque tenemos los toros. Vamos a ver: ¿cuántos toros habremos matado en toda la historia? ¿Cien mil toros? ¿Quinientos mil toros? Vamos a suponer que hemos liquidado seis millones de toros; ¿Qué salvajada! Pero no hemos pasado a seis millones de judíos en la cámara de gas». ¿Cómo se come que un español que aborrece del festival de Eurovisión se ponga a hacer la loa de Massiel; que una española de derechas haga la apología de Carrillo; que un español que detesta los toros improvise una apología de la fiesta taurina? La clave está en la españolidad que Massiel, Carrillo o los toros pueden entrañar para un español frente a un no-español, con el que se mide en cualquiera de estos terrenos. Los mecanismos de una sociedad de tierra como España son múltiples y variopintos y tienden a unificar a cuantos se sienten paridos por esta tierra. A cuantos dentro de España se sienten, tal vez, catalanes o gallegos carrillistas o gonzalistas, pero que, cuando un inglés o alemán les toca el botón de la dignidad íbera, sea en el terreno de eurovisión, de la política, de los toros, o en cualquier otro, pueden sentir dispararse en su interior un volcán de pasión celtíbera. Entonces este español se siente en el mismo lado de combate con Massiel, El Guerra, Carrillo, Picasso y los 36 millones de celtíberos que discurren por la piel de toro. Entonces siente que España es su tribu y es algo más que «el Estado español». No un ente meramente administrativo. —«el Estado»—, sino algo pasional —«mi tierra»— que puede alterar la circulación de la sangre. Massiel, Carrillo, Picasso y los toros pueden despertar en el celtíbero que menos lo espere una pasión desconocida de españolidad.

José Antonio Jáuregui  
Autor de «Las reglas del juego»